

Beatriz Sarlo (Universidad de Buenos Aires)

Mundiales de fútbol*

Resumen

¿Qué oculta y, al mismo tiempo, qué nos dice de la Argentina el Mundial de Fútbol de 1978 y la Guerra de las Malvinas en 1982? Las respuestas posibles interrogan de manera crítica, como bien lo demuestra Beatriz Sarlo, la dictadura militar argentina desde el nacionalismo deportivo y territorial. La pasión colectiva que despiertan los mundiales en la Argentina galvaniza la comunión nacional a tal punto que el objeto de esa misma pasión —el fútbol como deporte— se pierde; para dar paso a una pasión por la victoria o la derrota de una nacionalidad. Una nacionalidad que, bajo la euforia del triunfo, le coloca máscaras de armonía a la catástrofe que destila la dictadura.

Palabras clave: fútbol, Argentina, educación, dictadura argentina, nacionalismo.

Abstracts

Football World Cup

What lies behind the 1978 Football World Cup and the 1982 Falklands War? The possible answers critically question the Argentinian military dictatorship from different perspectives. On the one hand, the collective passion triggered by the World Cup exacerbated feelings of national unity to such a point that the result of the match would represent defeat or victory in war and, therefore, the (de)construction of nationality. The sense of nationality built up by this triumph enabled an harmonious mask to eclipse the catastrophic aftermath of the dictatorship.

Key Words: Football, Argentine Republic-History, Military, Education, Nationalism.

* Versiones preliminares del presente artículo se publicaron en *Perfil*, 1998 y *Trespunto*, 1998.

Sentimiento único

¿Por qué el mundial de fútbol de 1978 es un hecho inolvidable de la historia política tanto como de la historia deportiva de este país? Ni la miniserie mundialista “Maradona y el doping” tuvo la intensidad de aquéllos días. El mundial del 78 queda como un hecho especial, aislado en la perfección con que se construyó un remanso popular en el país de los desaparecidos y los campos de tortura.

Salvo que se sostenga una visión de la historia como catástrofe progresiva, los mundiales posteriores a 1978 no fueron peores, aunque alguien podría decir que, después de 1978, la presencia del fútbol fue mayor en la vida cultural. Las del mundial son semanas de monomanía respaldada por la conversión de los jugadores de fútbol en astros contemporáneos, por la creciente implicación de las mujeres en el espectáculo futbolístico y la emergencia de una cultura juvenil femenina de chicas—hinchas que pasean por los shoppings vistiendo camisetas de fútbol y le gritan “¡potro!” a los jugadores. Los medios, por su parte, se dejan devorar por el protoplasma deportivo. Se ha escrito bastante sobre esto y quizá no haya mucho más para decir. Sin embargo, hay mucho para decir sobre el mundial de 1978, si se lo piensa en relación con otro hecho terrible producido por la dictadura militar: la guerra de Malvinas. En 1978 y en 1982, la dictadura obtuvo victorias culturales y políticas, fugaces pero significativas. El régimen se sustentaba en sus propias fuerzas militares y sociales, bastante aislado de cualquier otro apoyo explícito, ya que la ausencia de episodios de resistencia, excepto el movimiento de derechos humanos, no prueba que la gente estuviera de acuerdo con la dictadura, sino que eran muy precarias las condiciones políticas, morales y organizativas para imaginar una protesta. En un polo la dictadura, en otro polo el movimiento de derechos humanos, estuvieron bastante solos.

Sin embargo, el mundial y la guerra de las Malvinas produjeron lo que no había logrado la propaganda de la dictadura, lo que ni siquiera había logrado el miedo, esa arborescencia difusa pero vigorosa que había crecido en casi todos los espacios públicos y privados. El mundial y la guerra de las Malvinas rodearon a los dictadores de un pueblo que no los repudiaba. En la fiesta del mundial se suspendieron los rencores y los principios. Se teorizó que el derecho a la alegría de la gente debía prevalecer sobre el espíritu crítico. La guerra de Malvinas, de modo más terrible porque hubo cientos de muertos, también sacó el pueblo a las calles y provocó, durante algunas semanas, un estado de exaltación colectiva que se parecía bastante a una pueblada (cuando en realidad se trataba de una compadrada sinietra y final). Ambos episodios, cuyo carácter popular es imposible de discutir, están unidos por el hilo de un sentimiento único: el nacionalismo deportivo y territorial. Durante la guerra de Malvinas, muchísimos defendieron la idea absurda de que había que apropiarse de esa guerra, porque allí estaba el pueblo cuya mágica presencia garantizaba un cambio de sentido y permitiría pasar de una victoria territorial en el Atlántico Sur a una lucha imperialista. Aunque hoy esto parezca una fantasía psicótica, puedo jurar que formaba parte de la discusión que enfrentaron los que se oponían a la invasión militar a las Malvinas.

Decenas de miles de argentinos, con los rostros cubiertos por la bandera nacional, amordazados con los colores de la patria, rodearon el balcón donde el dictador Galtieri anunciaba los progresos bélicos de los combatientes. Si los argentinos tienen tantas dificultades para reconocer la existencia miserable de los veteranos de esa guerra, hay que volver sobre el recuerdo, particularmente neblinoso, de la obnubilación patriótica sufrida en abril de 1982. Los veteranos, que son víctimas vivas de la dictadura, no pueden ser vistos sin recordar, al mismo tiempo, que en todas las plazas del país se quiso creer que iban a ser héroes de un proceso de liberación territorial. Ellos, las víctimas, al seguir viviendo, son las pruebas materiales de un hecho de irresponsabilidad colectiva que se apoyó en el impulso ciego del nacionalismo. Cada año hay un feriado por la guerra de las Malvinas. La pobreza de esa conmemoración es elocuente. Se ha convertido en una efemérides inerte, con el agravante de que tiene algo de vergonzoso. También hay una mancha en el mundial de 1978, que no puede integrarse, sin más, a la lista de hazañas deportivas nacionales.

¿Qué hay que enseñar durante el mundial?

Las escuelas de la ciudad de Buenos Aires autorizaron que sus alumnos vieran los partidos del mundial de 1998 en horarios de clase y, antes o después, “trabajen en lengua, geografía, historia, e incluso en ética del deporte” (así lo informó a los diarios la Secretaría de Educación de la ciudad de Buenos Aires). La Dirección de Escuelas de la provincia de Buenos Aires dejó en manos de los directivos la decisión de que los alumnos vean los partidos televisados, con la condición de que tal desvío del tiempo escolar se compense con la presentación de “temas de historia, geografía y características de la población” de los países enfrentados por la copa del mundo. Esto no es una broma y nadie ha acusado al periodismo de desvirtuar sus declaraciones. Las autoridades no se han limitado a esta innovación que, sin duda, consideran “realista”, aunque más bien parece originarse en una obsecuente debilidad frente a las presiones estudiantiles. También esbozaron algunas propuestas pedagógicas. Nada de esto merecería un comentario. Sin embargo, no se puede pasar por alto la amnesia manifiesta cuando se utiliza la palabra “historia”.

Si la idea, como declaró una funcionaria, es que los chicos vean el fútbol con verdadero “espíritu crítico”, sugiero lo siguiente: el fútbol tiene una relación intrincada con la Argentina de los últimos veinte años, por eso sería bueno que las escuelas aprovecharan la fiebre mundialista para presentar una historia reciente ante los pequeños hinchas de la azul celeste. Entre partido y partido, se les podía explicar que en 1978, en la Argentina, una dictadura militar asesinó o encarceló a miles de hombres y mujeres. A esa dictadura le tocó en suerte que la sede del mundial fuera este país y trató de aprovechar esa suerte al máximo. En primer lugar desacreditó las campañas internacionales que cuestionaban que una fiesta del deporte se realizara en un lugar donde existían campos de concentración y centros de tortura. Los militares tuvieron

éxito en esta operación y, a la denuncia sobre las violaciones de los derechos humanos, se respondió con la acusación invertida de que se trataba de una campaña antiargentina. Una vez que se allanaron todas las resistencias para que el mundial tuviera lugar en la Argentina, se montó un verdadero operativo de control y represión de cualquier forma de disenso antidictatorial que pudiera ser registrado por los periodistas extranjeros.

Durante el mundial, la gran mayoría de los argentinos vivió hechizada por el patriotismo de tribuna y salió a festejar por las calles las victorias del equipo local, sin percibir que esos festejos fortalecían la idea de que la dictadura quería dar de las libertades públicas. La entrega de la copa mostró a Daniel Passarella junto a los dictadores Videla, Massera y Agosti, frente a un estadio delirante de alegría. Un año después, en 1979, el equipo juvenil de la Argentina se consagraba campeón mundial en Tokio. En esa misma semana, llegaba acá la Comisión de Derechos Humanos de la OEA para reunir denuncias de familiares y amigos de presos o desaparecidos. Las colas se extendían por la Avenida de Mayo. El día de la victoria juvenil en Tokio, un contingente de estudiantes secundarios, obnubilados por la victoria, hostilizó a los familiares de las víctimas y se fue a la Plaza de Mayo a festejar.

Si se quiere enseñar geografía, se puede ubicar, sobre el mapa de la Argentina, los estadios mundialistas de 1978 y los chupaderos más próximos. Daría una representación bien gráfica de la diversidad espacial y cultural de una nación. Si se quieren enseñar costumbres, podría explicarse a los más grandecitos de qué modo las dictaduras han utilizado los escenarios deportivos como escenarios políticos (desde los nazis en las olimpiadas de Munich). Cualquier otra cosa es un simulacro pedagógico y un acto de hipocresía. Supongo que a esta altura varios lectores estarán pensando que he enloquecido. ¿Cómo explicar estas cuestiones a chicos con la cara pintada de bandera argentina? La pregunta deberían habérsela planteado las autoridades educativas que han propuesto una transacción pedagógica igualmente difícil pero más insincera. Si las autoridades educativas sugieren que se enseñe historia, costumbres de los pueblos y ética deportiva, la ocasión se presta para mostrar que las cosas que nos apasionan son contradictorias y que muchas veces en la vida olvidamos lo que tenemos que recordar. Después que los chicos miren el fútbol.

Mundial 1998: saber perder

El país se volvió melancólico el sábado poco después de mediodía. Los gorros de cuatro puntas, las cornetas y las banderas estaban tristemente fuera de lugar en el vagón de subterráneo al que iban subiendo, para volver a sus casas, quienes habían salido a mirar el mundial en los bares y las calles, como algo que los comprometía colectivamente. Por un momento, el mundial había cosido los retazos de una sociedad medio deshecha. "No me importa cómo jueguen. Lo que me importa es que la Argentina gane 1 a 0". La frase pudo haber sido de cualquiera. La pasión que pone de

manifiesto no es fútbol jugado por argentinos, sino la Argentina jugando al fútbol. Se independiza el objetivo de los medios para alcanzarlo, suscribiendo de manera grosera el viejo dicho popular: "Goles son amores y no buenas razones". Quien no sólo se interesa por la victoria, cae en una tristeza opaca cuando esa victoria no llega. La derrota impuso una doble pérdida: el equipo de la Argentina ni pasó a los cuartos de final, ni jugó buen fútbol. Era un equipo que necesitaba de la pasión nacional para ser aceptado y a esa pasión no pudo entregarle lo que le pedía. La pasión, a la que parecía no importarle la forma de su objeto sino los resultados, fue ciega. ¿Todas las pasiones son inevitablemente ciegas? ¿Se cumple en efecto ese lugar común?

Durante mucho tiempo se ha discutido la respuesta a estas preguntas. De un lado, están quienes sostienen que las pasiones deben ser controladas por la razón. El peligro de su desenfreno los obsesiona más que su capacidad de producir placer. Consideran a las pasiones como sentimientos unilaterales, con tendencia a homogeneizar todas las regiones del alma y, sobre todo, a subordinar el juicio moral, la inteligencia y la capacidad de conocimiento. Del otro lado, están quienes han pensado que las pasiones son en sí mismas una forma de relacionarse con el mundo, que a través de ellas se alcanza un registro especial de la experiencia y que es posible imprimirles un sentido. En las pasiones, conocemos.

Durante las últimas semanas, asistimos a la explosión de una pasión colectiva, que arrancó a los individuos de su mundo privado y los arrojó a la plaza pública. No es un dato menor que el mundial de fútbol produzca, cada cuatro años, este renacer de pasiones que galvanizan la nacionalidad, un sentimiento de pertenencia debilitado, porque se ha agrietado el sentido de comunidad y se desvanecieron las razones que hacen que cualquiera de nosotros se sienta parte de algo más allá de su núcleo inmediato. Sociedad de ganadores y perdedores según la moral neoliberal, caída de la esperanza, son los que se llama rasgos de época, tanto más graves aquí porque la pobreza ofrece sus bases de necesidad a la desilusión. Frente a ellos, durante el mundial de fútbol reaparece la nacionalidad con sus atributos exteriores más agresivos y pesadamente simbólicos (himnos, banderas, colores nacionales, en las ropas y sobre los cuerpos). Muchos de nosotros nos retraemos como si nos arrojaran un ácido. Las pasiones queman. Y, en este siglo, las pasiones nacionalistas fueron a veces sublimes y a veces repugnantes.

Pero hay algo más. Las pasiones tienen siempre un objeto central. No hay pasión sin objeto: una mujer, un hombre, una nación, el poder, el dinero. Sin esa relación tenaz e inequívoca con un objeto que desplaza a todos los demás, no existe pasión. La pasión es, por eso, unidireccional y absolutista. Pero, salvo que se la piense apoyada solamente en la ignorancia, la pasión supone un conocimiento profundo y amoroso de su objeto: es difícil imaginar un melómano que no sepa de música, un gourmet que lo ignore todo sobre la cocina, un filatelista al cual le resulten indiferentes las calidades y procedencias de las estampillas, un amante que no pueda hablar de su amado. Sin embargo, la pasión que despierta el mundial no es, para muchos, una pasión por el

fútbol sino por la victoria o la derrota de una nacionalidad. Esa pasión ignora, supera y puede anular su propio objeto, el deporte. Lo minimiza y, creyendo afirmarlo, en verdad lo destruye. Por eso, a la pasión ciega le tiene sin cuidado cómo se juega al fútbol. Ni siquiera es importante que el partido sea deportivamente aburrido; sólo vale el triunfo que se cree superior a la síntesis de destreza, astucia, inteligencia, fuerza y conocimiento. Esta pasión mueve sentimientos nacionales más que intereses deportivos que, además, podrían ser soporte de sentimientos nacionales. Es como si yo dijera: me gustan los escritores argentinos porque son argentinos, y quiero que ganen premios internacionales aunque no sean mejores que otros escritores. Claro, en la literatura, el nacionalismo no tiene ni las mismas consecuencias ni la misma conflictividad porque, finalmente, ¿a quién le importa tanto la literatura? Pero el fútbol importa de un modo que pasa por alto el conocimiento. Como si el fútbol, por sí mismo, no fuera uno de los deportes más sutiles donde pueden desplegarse la habilidad y la inteligencia y, donde, todavía, la potencia física de los jugadores no lo decide todo.

La pasión que quiere una victoria y no un partido, tiene algo del nacionalismo temible, que anima la divisa popular del nacionalismo inglés: *Rigth or wrong, it's my country* (acierte o se equivoque, es mi país). Una de las peores frases que conozco, que describe bien una de las pasiones más funestas. Una pasión ciega, ajena al amor y compañera de la guerra, que, cuando es frustrada, sólo puede convertirse en melancolía y nunca en conocimiento. Me gustaría pensar que una derrota puede convertirse en una pasión inteligente.